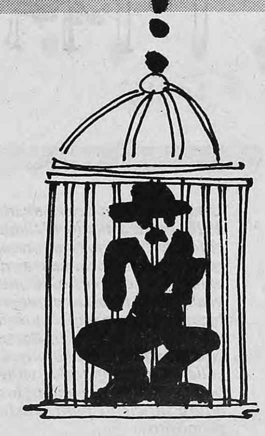
PROHIBICIONES

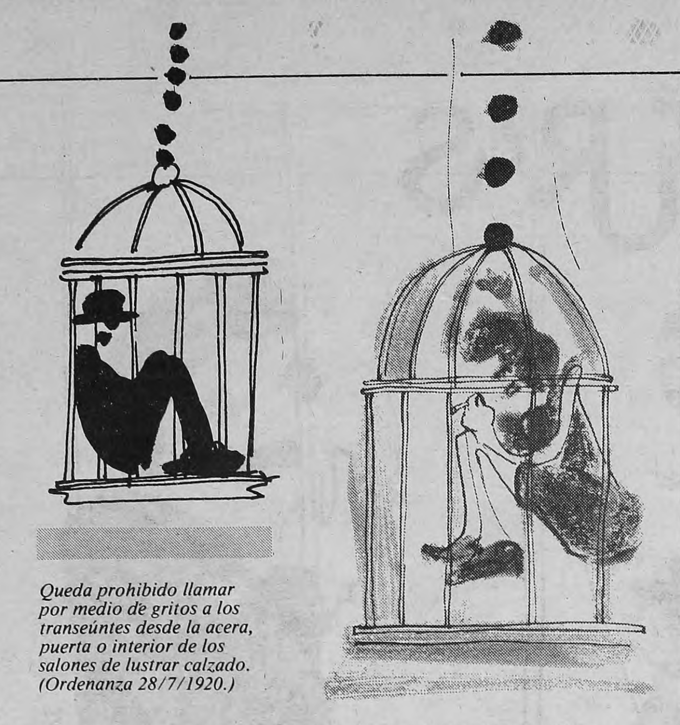
DE ALGO HAY QUE MORIR



Todas las sociedades humanas han prohibido algo, con la particularidad de que cualquier cosa que haya sido prohibida en una época y en una sociedad o en una religión, ha sido seguramente permitida o exaltada en otro tiempo y en otro lugar. El Islam prohíbe el vino, el cristianismo celebra la comunión bebiéndolo. En estas prohibiciones existen varios aspectos. Uno es seguramente iniciático, quien no observa una prohibición muestra no pertenecer a una cierta comunidad y esta prohibición es un factor de identidad que recorre la sociedad.

En este suplemento se ha buscado proponer algunos ejemplos de los efectos históricos de la estrategia prohibicionista. La prohibición se diferencia del tabú porque no tiene connotaciones religiosas, pero está inspirada siempre en el concepto de la "salud pública". No importa que actualmente esté prohibido el tabaco por el alcalde de Nueva York, el alcohol en los Estados Unidos de los años 20, el juego de azar en muchísimos países, los productos opiáceos en el Occidente del siglo pasado, el café en la Alemania del siglo XVII.

La motivación para prohibir todos estos diferentes géneros es siempre una: la droga, el juego, el tabaco, el alcohol, minan la salud del país, destruyen las riquezas de las naciones, estimulan la criminalidad, generan infelicidad, enfermedad, muerte y embrutecimiento en quienes practican estos placeres y en sus prójimos.



Queda prohibido llamar por medio de gritos a los transeúntes desde la acera, puerta o interior de los salones de lustrar calzado. (Ordenanza 28/7/1920.)

LOS NUEVOS MANDAMIENTOS

Por Eduardo Blaustein

Conversar con el conductor no se puede. Hablar en serio sobre los Montoneros en tevé, tampoco. Aludir por Canal 2 a la virgen del divino trasero está pésimamente visto, tanto como besar a un ser querido en una plaza pública o reconocer públicamente la propia homosexualidad. Desde cantar el himno en una silla a darle galletitas *Tucán* al hipopótamo del zoo, las prohibiciones nacionales son innumerables. Para muchos, sin ir más lejos, está terminantemente prohibido vivir una vida de buena calidad.

Se sabe también que en toda cultura hay otras vedas, sigilosas, sutiles, subterráneas, y ya que estamos, sucedáneas. Se viene el final de los '80 —ya ni siquiera quedará moderno hablar de los '80—, y con él la confirmación de una sospecha aciaga: la mejor victoria de la dictadura habrá sido nomás alterar la manera en que la sociedad solía verse a sí misma, la de los hombres viéndose en la sociedad. Nunca hubo una sola mirada. Pero Argentina queda hoy en un millón de pedazos fracturados.

Si es cierto que en la así llamada idiosincrasia nacional el escepticismo ocupó un lugar importante, entonces al valor folklórico del tango "Cambalache" se lo reemplaza hoy —en sectores dominantes de la política y la cultura— por modismos, elegancias, distancias, sonsonetes ciniquitos y cautela, mucha cautela. Todo el mundo está agarrotado. Agarrotado en su capacidad de vivir, de decir, emocionarse, afrontar riesgos o no. Las conversaciones son apenas ademanes porque el 99 por ciento del mundo, un mundo tácito, ya está sabido, archirrecontrarreconocido y aburre. Predominan los silencios, ciertas formas correctas de opacar cualquier estridencia, se está pendiente de la mirada del otro. Todo el mundo tironea a todo el mundo por derecha, moderando, examinando el esmero del corte de pelo como la buena educación ajena, soplando limaduras de la nuca prójima. La tolerancia —gran valor— pareciera que proviene más de las dudas, el terror y la cautela que de la propia convicción que dice "Debo ser tolerante".

Si se pudieran destilar esencias de estos comportamientos sociales, las nuevas tablas de la ley traerían inscripciones como éstas:

—*No creerás en la causa.*

—*No te reconocerás como parte de algo que trascienda tu individualidad (generación, grupo, partido, proyecto).*

—*No ensordecerás al mundo con afirmaciones vehementes. El silencio es salud.*

—*Si te parece que algo es susceptible de ser tildado como cursi, no reconocerás sentimientos.*

—*No reconocerás tus sentimientos.*

Lo importante es la manera en que estos códigos resuenan en el conjunto. Políticos, operadores políticos, asesores de políticos, periodistas, artistas, escritores, productores, empresarios, publicistas. Gente que forja discursos, fabrica imágenes, que impone —especialmente a través de los medios— un sentido común al respecto, aun cuando ese sentido común esté sujeto a nuevas interpretaciones, rechazos. O a nuevos silencios. Hablamos de nosotros porque resulta fácil, un tanto voluptuoso y porque tenemos los medios para hacerlo. El país silenciado de pronto bosteza, estira un pie, se rasca la cabeza y vota a Menem.

En tanto, moderaditos. En tanto, nos callamos. Nos callamos incluso el propio hastío o lo ventilamos cada tanto en una mesa de café con cada vez mayor desesperanza. Hacemos chistes sobre pasaportes y emerge un único primer plano de país —como si fuera real—. El país de la hipocresía eficiente, el del plan económico que nadie cree, el que cholulea con la leyenda de los microjaponeses afanosos, y compra nuevas recetas de felicidad entre grititos hop. Olvidábamos esa prohibición:

—*Te levantarás y dirás hop. No serás caracúlico.*

Triunfa el palitorteguismo y —como decía un joven de 25, en *El Porteño*— pareciera que el ahora es un tiempo "donde ya nada queda por decir, excepto que nada queda por decir". Pero el joven lo decía por sus mayores, algunos de los cuales le insisten con el pasado, el allá. Y tiene razón el joven: "El allá aparece cómo el lugar de donde emanaría el verdadero sentido de lo que pasa". Por dónde pasa, ahora, el verdadero sentido, es la pregunta Odol por un millón de pesos que nadie se atreve a contestar. "Mientras dure, el presente, desconfiemos."

Dice Aníbal Ford que decía Oscar Varsavsky algo parecido a lo siguiente: Que un político se maneje en la incertidumbre es un signo de madurez. Añade: Que los intelectuales no se animen a actuar porque las cosas no les cierran, como si hubiera una única verdad, es un exceso de racionalidad.

Escribe un expreso peronista: "Es claro que estas conclusiones son irremediablemente subjetivas: ¿qué duda cabe? Ante la fragmentación, la única posibilidad es ser expresamente partidario. Y yo lo soy; soy partidario de Dolina".

Acabo de pasar por Plaza de Mayo. Había escolares mirando la pirámide. Uno de ellos, estirado en el piso, rodeado por sus compañeritos, medía su cuerpo en una silueta de desaparecido dibujada en las baldosas. "¿Qué son estos muñecos?", le preguntó al guía, tal vez era el maestro. "Decoración", contestó el educador.

—*No recordarás el pasado.*

FUMAR ES UN

il manifesto de Roma

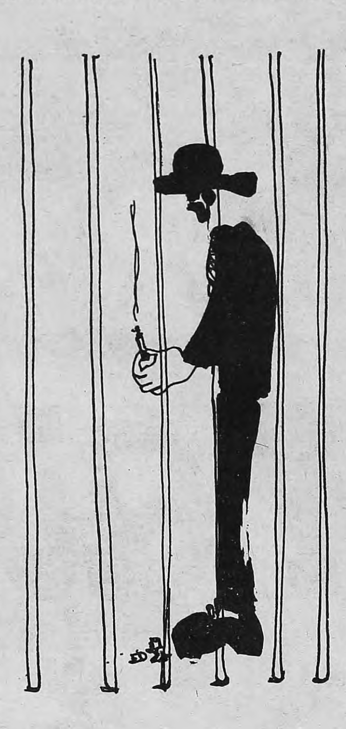
(Por Giovanna Pajetta, desde Nueva York) "Seguramente es un viejo film", susurra a su invisible compañero la adolescente, mirando a Humphrey Bogart en televisión. "Mira, el protagonista fuma."

En el año de gracia de 1988, tras doscientos años de cultivo, refinación y exportación de uno de los mejores tabacos del mundo, los Estados Unidos han suprimido hasta para la imaginación de las futuras generaciones uno de sus vicios más amados. Los boletines de guerra dicen que hoy sólo el 26 por ciento de la población adulta se nutre de nicotina contra el 38 de hace treinta años, sólo el 18 por ciento de los muchachos de la escuela media espera el intervalo para encender un cigarrillo contra el 25 y más del decenio pasado. Pero en realidad en el curso de esta larga, victoriosa y saludable batalla, se ha hecho mucho más. Se ha sido capaz de inventar un proteccionismo totalmente nuevo, jamás experimentado en otros países o contra otros tantos radicados consumos populares.

Con desaliento los fumadores de todo el mundo han leído o escuchado en estos últimos dos años, el crecer de la represión. Y efectivamente no se puede decir que la ley se haya movido con mano ligera. Desde que en 1986 el implacable inspector general de Sanidad, el médico Everett Koop, reveló los datos y las búsquedas que prueban cómo muere de cáncer hasta el "fumador pasivo", o sea el que está al lado del devorador de nicotina, casi todos los estados de la Unión se pusieron en pie de guerra. Siguiendo el ejemplo de Minnesota, que ya en el '71 había votado la prohibición de fumar en los lugares públicos, fueron adoptadas leyes restrictivas en 42 sobre 50 estados. En Maine ahora está también prohibido instalar la máquina que vende cigarrillos en el bar, la discoteca u otros lugares donde se encuentran los adolescentes, en Utah está prohibida toda forma de publicidad en los negocios que venden alimentos, en California no se puede fumar sobre ningún medio de transporte, tren, autobús o avión. Por otra parte, este año, por primera vez en la historia, una compañía aérea, la Northwest, ha decidido mantener encendido el cartel "no smoking" sobre sus aviones, cualquiera sea la duración del viaje, mientras hombres de negocios y políticos que viajan entre Nueva York, Boston y Washington han sido obligados a la abstención forzada.

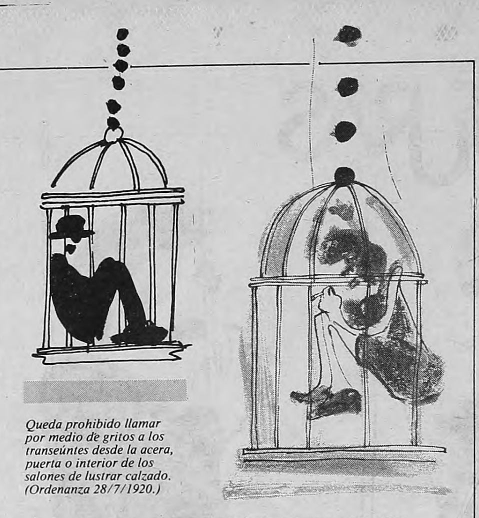
No va mejor, por otra parte, en el campo del trabajo. En la mayor parte de las empresas norteamericanas no se puede fumar, salvo en habitaciones especiales y existe quien, como la televisión, la Turner Broadcasting, decidió simplemente no contratar fumadores (con algunas excepciones) o quien, como la USG Interiors, una empresa de decoración de Chicago, ha pedido a sus dependientes no fumar ni siquiera después del horario de trabajo. La lista de los tormentos infligidos a la abyecta minoría de los fumadores es larguísima, y sin embargo basta tomar cualquier semanario o mensuario satinado, subir al subte de Nueva York, para encontrar la publicidad de los mejores cigarrillos norteamericanos.

No es sólo un signo de la potencia, el último rugido de las multinacionales del tabaco. Para defender su última trinchera, la Philip Morris y sus hermanos supieron por un espía del Ministerio de Salud que inspector Koop se aprestaba al último enfrentamiento presentando un informe que declaraba a la nicotina una sustancia estupefaciente, capaz



Una ordenanza del 1° de abril de 1910, en su artículo 1748 alude a los cafés servidos por camareras y reglamenta: las camareras no podrán exhibirse y con el fin de que no sean visibles desde la vía pública todos los locales tendrán una distancia de un metro y cincuenta centímetros, computados desde la puerta de la calle, una mampara de vidrios ingleses blancos y opaca, contenidos a la altura suficiente para satisfacer sus propósitos.

Que se halla en el deber de cortar radicalmente los escándalos que han estado cometiendo como mengua de la cultura en la ciudad de Buenos Aires los llamados adivinos. Que no teniendo su ocupación base legal en ningún género por cuanto ella no puede considerarse arte ni ciencia, consiste solamente en la explotación de las personas incautas, por medio de arterías que las incluyen en el número de las estafas... (Ordenanza de prohibición del ejercicio de la adivinación, 21/3/1876.)



Queda prohibido llamar por medio de gritos a los transeúntes desde la acera, puerta o interior de los salones de lustrar calzado. (Ordenanza 28/7/1920.)

LOS NUEVOS MANDAMIENTOS

Por Eduardo Blaustein

Conversar con el conductor no se puede. Hablar en serio sobre los Montoneros en tevé, tampoco. Aludir por Canal 2 a la virgen del divino trasero está pésimamente visto, tanto como besar a un ser querido en una plaza pública o reconocer públicamente la propia homosexualidad. Desde cantar el himno en una silla a darle galletitas *Tucán* al hipopótamo del zoo, las prohibiciones nacionales son innumerables. Para muchos, sin ir más lejos, está terminantemente prohibido vivir una vida de buena calidad.

Se sabe también que en toda cultura hay otras vedas, sigilosas, sutiles, subterráneas, y ya que estamos, sucedáneas. Se viene el final de los '80 —ya ni siquiera quedará moderno hablar de los '80—, y con él la confirmación de una sospecha aciaga: la mejor victoria de la dictadura habrá sido nomás alterar la manera en que la sociedad solía verse a sí misma, la de los hombres viéndose en la sociedad. Nunca hubo una sola mirada. Pero Argentina queda hoy en un millón de pedazos fracturados.

Si es cierto que en la así llamada idiosincrasia nacional el escepticismo ocupó un lugar importante, entonces al valor folklórico del tango "Cambalache" se lo reemplaza hoy —en sectores dominantes de la política y la cultura— por modismos, elegancias, distancias, sonsonetes ciniquitos y cautela, mucha cautela. Todo el mundo está agarrotado. Agarrotado en su capacidad de vivir, de decir, emocionarse, afrontar riesgos o no. Las conversaciones son apenas ademanes porque el 99 por ciento del mundo, un mundo tácito, ya está sabido, archirrecontrarreconocido y aburre. Predominan los silencios, ciertas formas correctas de opacar cualquier estridencia, se está pendiente de la mirada del otro. Todo el mundo tironea a todo el mundo por derecha, moderando, examinando el esmero del corte de pelo como la buena educación ajena, soplando limaduras de la nuca prójima. La tolerancia —gran valor— pareciera que proviene más de las dudas, el terror y la cautela que de la propia convicción que dice "Debo ser tolerante".

Si se pudieran destilar esencias de estos comportamientos sociales, las nuevas tablas de la ley traerían inscripciones como éstas:

—No creerás en la causa.

—No te reconocerás como parte de algo que trascienda tu individualidad (generación, grupo, partido, proyecto).

—No ensordecerás al mundo con afirmaciones vehementes. El silencio es salud.

—Si te parece que algo es susceptible de ser tildado como cursi, no reconocerás sentimientos.

—No reconocerás tus *sentimientos.*

Lo importante es la manera en que estos códigos resuenan en el conjunto. Políticos, operadores políticos, asesores de políticos, periodistas, artistas, escritores, productores, empresarios, publicistas. Gente que forja discursos, fabrica imágenes, que impone —especialmente a través de los medios— un sentido común al respecto, aun cuando ese sentido común esté sujeto a nuevas interpretaciones, rechazos. O a nuevos silencios. Hablamos de nosotros porque resulta fácil, un tanto voluptuoso y porque tenemos los medios para hacerlo. El país silenciado de pronto bosteza, estira un pie, se rasca la cabeza y vota a Menem.

En tanto, moderaditos. En tanto, nos callamos. Nos callamos incluso el propio hastío o lo ventilamos cada tanto en una mesa de café con cada vez mayor desesperanza. Hacemos chistes sobre pasaportes y emerge un único primer plano de país —como si fuera real—. El país de la hipocresía eficiente, el del plan económico que nadie cree, el que cholulea con la leyenda de los microjaponeses afanosos, y compra nuevas recetas de felicidad entre gritos hop. Olvidábamos esa prohibición:

—Te levantarás y dirás hop. No serás caracúlico.

Triunfa el palitorteguismo y —como decía un joven de 25, en *El Porteño*— pareciera que el ahora es un tiempo "donde ya nada queda por decir, excepto que nada queda por decir". Pero el joven lo decía por sus mayores, algunos de los cuales le insisten con el pasado, el allá. Y tiene razón el joven: "El allá aparece cómo el lugar de donde emanaría el verdadero sentido de lo que pasa". Por dónde pasa, ahora, el verdadero sentido, es la pregunta Odol por un millón de pesos que nadie se atreve a contestar. "Mientras dure, el presente, desconfiemos."

Dice Aníbal Ford que decía Oscar Varsavsky algo parecido a lo siguiente: Que un político se maneje en la incertidumbre es un signo de madurez. Añade: Que los intelectuales no se animen a actuar porque las cosas no les cierran, como si hubiera una única verdad, es un exceso de racionalidad.

Escribe un expreso peronista: "Es claro que estas conclusiones son irremediablemente subjetivas: ¿qué duda cabe? Ante la fragmentación, la única posibilidad es ser expresamente partidario. Y yo lo soy; soy partidario de Dolina".

Acabo de pasar por Plaza de Mayo. Había escolares mirando la pirámide. Uno de ellos, estirado en el piso, rodeado por sus compañeritos, medía su cuerpo en una silueta de desaparecido dibujada en las baldosas. "¿Qué son estos muñecos?", le preguntó al guía, tal vez era el maestro. "Decoración", contestó el educador.

—No recordarás el pasado.

FUMAR ES UN BOCHORNO

il manifesto de Roma

(Por Giovanna Pajetta, desde Nueva York) "Seguramente es un viejo film", susurra a su invisible compañero la adolescente, mirando a Humphrey Bogart en televisión. "Mira, el protagonista fuma."

En el año de gracia de 1988, tras doscientos años de cultivo, refinación y exportación de uno de los mejores tabacos del mundo, los Estados Unidos han suprimido hasta para la imaginación de las futuras generaciones uno de sus vicios más amados. Los boletines de guerra dicen que hoy sólo el 26 por ciento de la población adulta se nutre de nicotina contra el 38 de hace treinta años, sólo el 18 por ciento de los muchachos de la escuela media espera el intervalo para encender un cigarrillo contra el 25 y más del decenio pasado. Pero en realidad en el curso de esta larga, victoriosa y saludable batalla, se ha hecho mucho más. Se ha sido capaz de inventar un proteccionismo totalmente nuevo, jamás experimentado en otros países o contra otros tantos radicados consumos populares.

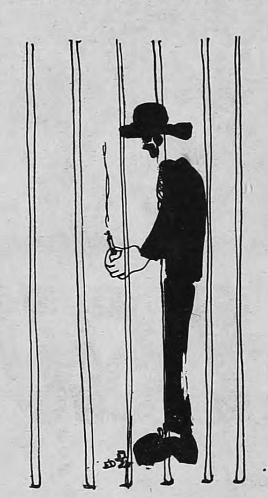
Con desaliento los fumadores de todo el mundo han leído o escuchado en estos últimos dos años, el crecer de la represión. Y efectivamente no se puede decir que la ley se haya movido con mano ligera. Desde que en 1986 el implacable inspector general de Sanidad, el médico Everett Koop, reveló los datos y las búsquedas que prueban cómo muere de cáncer hasta el "fumador pasivo", o sea el que está al lado del devorador de nicotina, casi todos los estados de la Unión se pusieron en pie de guerra. Siguiendo el ejemplo de Minnesota, que ya en el '71 había votado la prohibición de fumar en los lugares públicos, fueron adoptadas leyes restrictivas en 42 sobre 50 estados. En Maine ahora está también prohibido instalar la máquina que vende cigarrillos en el bar, la discoteca u otros lugares donde se encuentran los adolescentes, en Utah está prohibida toda forma de publicidad en los negocios que venden alimentos, en California no se puede fumar sobre ningún medio de transporte, tren, autobús o avión. Por otra parte, este año, por primera vez en la historia, una compañía aérea, la Northwest, ha decidido mantener encendido el cartel "no smoking" sobre sus aviones, cualquiera sea la duración del viaje, mientras hombres de negocios y políticos que viajan entre Nueva York, Boston y Washington han sido obligados a la abstención forzada.

No va mejor, por otra parte, en el campo del trabajo. En la mayor parte de las empresas norteamericanas no se puede fumar, salvo en habitaciones especiales y existe quien, como la televisión, la Turner Broadcasting, decidió simplemente no contratar fumadores (con algunas excepciones) o quien, como la USG Interiors, una empresa de decoración de Chicago, ha pedido a sus dependientes no fumar ni siquiera después del horario de trabajo. La lista de los tormentos infligidos a la abyecta minoría de los fumadores es larguísima, y sin embargo basta tomar cualquier semanario o mensuario satinado, subir al subte de Nueva York, para encontrar la publicidad de los mejores cigarrillos norteamericanos.

No es sólo un signo de la potencia, el último rugido de las multinacionales del tabaco. Para defender su última trinchera, la Philip Morris y sus hermanos supieron por un espía del Ministerio de Salud que inspector Koop se aprestaba al último enfrentamiento presentando un informe que declaraba a la nicotina una sustancia estupefaciente, capaz de producir dependencia igual o mayor que la heroína. Luego de afanosas y tormentosas discusiones, decidieron lanzar una contraofensiva singular: apoyar totalmente la campaña para la legalización de la droga. Se parte de la tesis de que si es posible comerciar la marihuana o más aún la heroína, ¿por qué poner fuera de la ley justamente a los cigarrillos?

Pero no hay esperanza para ello ni para los fumadores norteamericanos. Si hasta la publicidad quedara, en nombre del derecho del ciudadano a vivir y morir a su modo, el vicio del humo tiene los días contados. Porque el nuevo proteccionismo se nutre de algo más potente que la simple represión: en menos de diez años los enemigos de la nicotina lograron hacer algo más simple y banal, han hecho del cigarrillo un objeto vulgar, fuera de moda. Si se miran más de cerca los afiches en la parada de los ómnibus, se notará que entre las caras de los felices fumadores, dos sobre tres son negros o clásicamente latinos, es decir, los estratos más sumergidos de esa opulenta sociedad. Los datos estadísticos confirman que aún hoy el 50 por ciento de los obreros norteamericanos fuma, basta subir un escalón, caminar entre los de cuello duro y el porcentaje baja en un 25 por ciento. Y a medida que se sube en la escala social, los números son cada vez más bajos. Para una operación tan masiva y refinada (no era sólo Humphrey Bogart quien fumaba hace unos años sino también Bette Davis y cada buen capitán de la industria) era necesario movilizar a las masas. "He dejado porque estaba cansado de sentirme un *outsider*, de formar parte de esta nueva despreciada minoría —cuenta Paul Migdal, ex fumador californiano—, pero el motivo por el cual no reincidiré, es que no tendré jamás el coraje de hacerme ver con mis hijos con un cigarrillo en la mano." Los niños son seguramente una de las patrullas más aguerridas en la apretada fila de los combatientes movilizada por Everett Koop (a partir de aquellos que rechazan el beso de las buenas noches de mamá y papá porque tiene gusto a tabaco), pero la campaña de propaganda ha ido más a fondo en el tejido social. Aun antes de la aprobación del Clean Indoor Air Acta, que prohibió el cigarrillo en los lugares públicos de Nueva York, para quien fumaba la vida fue imposible. Los estudiantes de la Columbia o de New York University, saben que es imposible encontrar casa si aún se es esclavo del vicio (casi todos los anuncios para alquilar una habitación en la ciudad son para "no smoker"). Hasta quien busca un compañero de vida debe saber que con el cigarrillo en mano no se puede ni siquiera responder a uno de los tantos anuncios matrimoniales de *New York Time* o de la *New York review of books*. "Cuando salgo de noche en un cierto momento me debo eclipsar y refugiarme en el aparcamiento para fumar un cigarrillo, para que mi acompañante no se moleste. Ahora debo aprender a elegir la amistad, pensar bien antes de aceptar una cita." Otra joven reveló que debió renunciar a un joven quien, luego de dos noches, la liquidó con una sonrisa diciendo: "Cuando dejes andaremos juntos".

En realidad la intolerancia de los no fumadores raramente es agresiva, en la mayor parte de los casos se nutre de un seguro e insoportable sentimiento de superioridad y desprecio. Y para el año 2000, Estados Unidos se prepara a regalar al mundo la imagen del primer gran país que ha logrado en un cuarto de siglo debilitar uno de los vicios que la habían hecho tan famosa y popular.



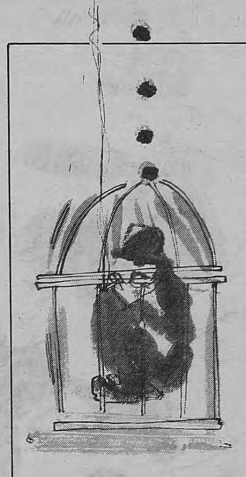


Una ordenanza del 1º de abril de 1910, en su artículo 1748 alude a los cafés servidos por camareras y reglamenta: las camareras no podrán exhibirse y con el fin de que no sean visibles desde la vía pública todos los locales tendrán una distancia de un metro y cincuenta centímetros, computados desde la puerta de la calle, una mampara de vidrios ingleses blancos y opaca, contenidos a la altura suficiente para satisfacer sus propósitos.

Que se halla en el deber de cortar radicalmente los escándalos que han estado cometiendo como mengua de la cultura en la ciudad de Buenos Aires los llamados adivinos. Que no teniendo su ocupación base legal en ningún género por cuanto ella no puede considerarse arte ni ciencia, consiste solamente en la explotación de las personas incautas, por medio de arterías que las incluyen en el número de las estafas... (Ordenanza de prohibición del ejercicio de la adivinación, 21/3/1876.)

Art. 1: A partir del día en que se abra el Asilo de Mendigos, queda absolutamente prohibida la mendicidad por las calles. Art. 2: Toda persona que después de estar en vigor esta ordenanza se encuentre por las calles pidiendo limosna será conducida al Asilo de Mendigos, si es pobre de solemnidad. En caso contrario se la considerará como vaga y explotadora de la caridad pública y entregada como tal al juez correccional. (Ordenanza del 3/10/1858.)

Tanto en la calle como en el interior de los locales donde se realicen bailes públicos no se podrá hacer uso de vestiduras sacerdotales, uniformes militares de la época y trajes indecorosos, quedando también prohibido en absoluto disfrazarse de mujer a las personas de sexo masculino o viceversa. (Ordenanza del 22/6/1915.)





Queda prohibido el juego del barrilete en todo el municipio de la capital. Los infractores a lo dispuesto en el artículo anterior serán penados con multa de 20 pesos moneda nacional. (Ordenanza del 24/5/1907.)

LA PESTE DE LAS CUATRO H

Por Michel de Praocontal

El 30 de octubre de 1938 Orson Welles sembró el pánico en Estados Unidos: su versión radiofónica de *La Guerra de los Mundos* era tan convincente que hubo oyentes que se suicidaron ante la segura invasión marciana. Hoy, el primer lugar en el miedo colectivo ya no lo ocupan los enanitos verdes sino la peste rosa, el SIDA. El color ha cambiado. No el pavor. Un espanto desconocido que apareció histéricamente en las calles de Nueva York, en 1985, cuando millares de padres impidieron la entrada a clase de sus hijos. El motivo: las autoridades municipales permitieron que un niño contaminado de SIDA concurriera normalmente a las aulas.

Según Louis Pauwells, autor de *El retorno de los brujos* y editorialista de *Le Figaro*, el blanco del SIDA sería la generación de "los jóvenes del rock nutridos en una sopa infraideológica cocida en el *show-bussiness*". A su criterio, esta juventud ha perdido sus "inmunidades naturales y todos los virus desintegradores la alcanzan". En resumen: jóvenes, droga, mestizaje, costumbres relajadas, SIDA, complot trotskista.

Para completar el cuadro, sólo falta ese graffitti visto en Orléans, cuna de Juana de Arco y del rumor: sobre el fondo amarillo, una señal caminera de peligro, ornada de una cabeza que evoca una caricatura de un negro; arriba, en grandes letras, la palabra SIDA, escrita con el signo $ en la S y un triángulo con el vértice hacia abajo en la A que, así decorada, se transforma en una estrella de David.

¿Cuándo se acabará poniéndole a los portadores del virus una estrella rosa como aquella amarilla que los nazis les colgaban a los judíos? En los Estados Unidos, los *grupos de riesgo* fueron etiquetados con el signo infamante de las 4 H: homosexuales, heroinómanos, haitianos y hemofílicos. En otras palabras y resumiendo: gays, drogadictos, negros. El SIDA mental es el temor del Otro, del Extranjero (que también es el Extraño) percibido como fuente de contaminación. El mestizaje en sentido propio o figurado pasa a ser un estigma. Los tipos como Pauwells sueñan un mundo sin mezclas en el que se confunda asepsia con vacuna.

Ya sea en los Estados Unidos de Reagan o en los delirios del periodismo amarillo, la ideología liberal transforma la enfermedad en pecado, la higiene en policía de las costumbres. ¿Contradictorio? Sólo para aquellos que creen todavía que liberalismo verdaderamente significa libertad. Una ideología cuyo credo se reduce al *cada uno para sí mismo*, sin otro horizonte que el de un economicismo amputado de toda dimensión social, debía desembocar en un narcisismo púdico y moralizador.

Así, la salud se convierte en un deber sagrado y el deporte en una obligación más que un placer. Durante los años '60 Jane Fonda militaba por la paz en Vietnam. Hoy celebra el culto al cuerpo perfecto. La búsqueda de la convivencia y la libertad sexual cedió paso a la obsesión del vientre liso y los pulmones limpios. Hoy importa estar en forma, pero más que para gozar de la vida para acumular capital de sobrevida.

En este punto en el que los cuerpos se encierran en una soledad crispada, donde cada uno forja su salud para sí mismo, la amenaza de este *virus desintegrador* tiene algo de intolerable. Sin embargo, los más amenazados no son los que más se preservan. En Africa, donde el SIDA puede causar una verdadera masacre, se está bien lejos del sexo sin riesgos y de la abstinencia sistemática.

En los países desarrollados, donde las condiciones sanitarias permiten circunscribir mejor el peligro, el SIDA funciona como un enemigo interior. Cristaliza los fantasmas y segrega una nueva virtud. Le devuelve un rostro al Diablo. Contribuye a interiorizar el estado de guerra permanente y larvada que caracteriza al Occidente moderno. El SIDA va camino de ser el peor de los terrores: asocia el sexo, la sangre, la muerte... Simboliza el regreso de la naturaleza salvaje a un mundo que se había creído, demasiado temprano, ya dominado por la mano del Hombre.

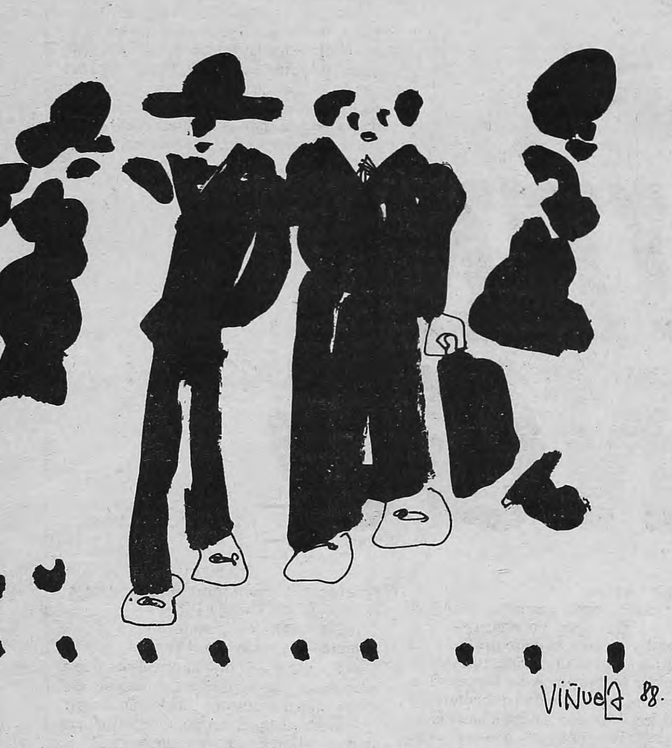
Aunque cambie de color, el miedo siempre tiene uno: pequeños enanitos verdes, peligro amarillo, odio a los rojos, desconfianza de los morenos, peste negra del terrorismo y rosa del SIDA. Frente al arco iris de los terrores, en una fortaleza vacía, los sitiados del SIDA mental maduran una reacción frígida. Su ideología, al fin y al cabo más insípida que nauseabunda, nos promete un mundo incoloro, inodoro y sin gusto. Arranque los posters, compañero. El Hermano Mayor vigila.

BOCHORNO

de producir dependencia igual o mayor que la heroína. Luego de afanosas y tormentosas discusiones, decidieron lanzar una contraofensiva singular: apoyar totalmente la campaña para la legalización de la droga. Se parte de la tesis de que si es posible comerciar la marihuana o más aún la heroína, ¿por qué poner fuera de la ley justamente a los cigarrillos?

Pero no hay esperanza para ello ni para los fumadores norteamericanos. Si hasta la publicidad quedara, en nombre del derecho del ciudadano a vivir y morir a su modo, el vicio del humo tiene los días contados. Porque el nuevo proteccionismo se nutre de algo más potente que la simple represión: en menos de diez años los enemigos de la nicotina lograron hacer algo más simple y banal, han hecho del cigarrillo un objeto vulgar, fuera de moda. Si se miran más de cerca los afiches en la parada de los ómnibus, se notará que entre las caras de los felices fumadores, dos sobre tres son negros o clásicamente latinos, es decir, los estratos más sumergidos de esa opulenta sociedad. Los datos estadísticos confirman que aún hoy el 50 por ciento de los obreros norteamericanos fuma, basta subir un escalón, caminar entre los de cuello duro y el porcentaje baja en un 25 por ciento. Y a medida que se sube en la escala social, los números son cada vez más bajos. Para una operación tan masiva y refinada (no era sólo Humphrey Bogart quien fumaba hace unos años sino también Bette Davis y cada buen capitán de la industria) era necesario movilizar a las masas. "He dejado porque estaba cansado de sentirme un *outsider*, de formar parte de esta nueva despreciada minoría —cuenta Paul Migdal, ex fumador californiano—, pero el motivo por el cual no reincidiré, es que no tendré jamás el coraje de hacerme ver con mis hijos con un cigarrillo en la mano." Los niños son seguramente una de las patrullas más aguerridas en la apretada fila de los combatientes movilizada por Everett Koop (a partir de aquellos que rechazan el beso de las buenas noches de mamá y papá porque tiene gusto a tabaco), pero la campaña de propaganda ha ido más a fondo en el tejido social. Aun antes de la aprobación del Clean Indoor Air Acta, que prohibió el cigarrillo en los lugares públicos de Nueva York, para quien fumaba la vida fue imposible. Los estudiantes de la Columbia o de New York University, saben que es imposible encontrar casa si aún se es esclavo del vicio (casi todos los anuncios para alquilar una habitación en la ciudad son para "no smoker"). Hasta quien busca un compañero de vida debe saber que con el cigarrillo en mano no se puede ni siquiera responder a uno de los tantos anuncios matrimoniales de *New York Time* o de la *New York review of books*. "Cuando salgo de noche en un cierto momento me debo eclipsar y refugiarme en el aparcamiento para fumar un cigarrillo, para que mi acompañante no se moleste. Ahora debo aprender a elegir la amistad, pensar bien antes de aceptar una cita." Otra joven reveló que debió renunciar a un joven quien, luego de dos noches, la liquidó con una sonrisa diciendo: "Cuando dejes andaremos juntos".

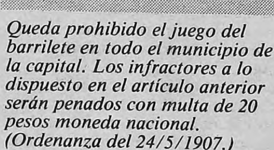
En realidad la intolerancia de los no fumadores raramente es agresiva, en la mayor parte de los casos se nutre de un seguro e insoportable sentimiento de superioridad y desprecio. Y para el año 2000, Estados Unidos se prepara a regalar al mundo la imagen del primer gran país que ha logrado en un cuarto de siglo debilitar uno de los vicios que la habían hecho tan famosa y popular.



Art. 1: A partir del día en que se abra el Asilo de Mendigos, queda absolutamente prohibida la mendicidad por las calles. Art. 2: Toda persona que después de estar en vigor esta ordenanza se encuentre por las calles pidiendo limosna será conducida al Asilo de Mendigos, si es pobre de solemnidad. En caso contrario se la considerará como vaga y explotadora de la caridad pública y entregada como tal al juez correccional. (Ordenanza del 3/10/1858.)

Tanto en la calle como en el interior de los locales donde se realicen bailes públicos no se podrá hacer uso de vestiduras sacerdotales, uniformes militares de la época y trajes indecorosos, quedando también prohibido en absoluto disfrazarse de mujer a las personas de sexo masculino o viceversa. (Ordenanza del 22/6/1915.)





Queda prohibido el juego del barrilete en todo el municipio de la capital. Los infractores a lo dispuesto en el artículo anterior serán penados con multa de 20 pesos moneda nacional. (Ordenanza del 24/5/1907.)

LA PESTE DE LAS CUATRO H

Por Michel de Praocontal

El 30 de octubre de 1938 Orson Welles sembró el pánico en Estados Unidos: su versión radiofónica de *La Guerra de los Mundos* era tan convincente que hubo oyentes que se suicidaron ante la segura invasión marciana. Hoy, el primer lugar en el miedo colectivo ya no lo ocupan los enanitos verdes sino la peste rosa, el SIDA. El color ha cambiado. No el pavor. Un espanto desconocido que apareció histéricamente en las calles de Nueva York, en 1985, cuando millares de padres impidieron la entrada a clase de sus hijos. El motivo: las autoridades municipales permitieron que un niño contaminado de SIDA concurriera normalmente a las aulas.

Según Louis Pauwells, autor de *El retorno de los brujos* y editorialista de *Le Figaro*, el blanco del SIDA sería la generación de "los jóvenes del rock nutridos en una sopa infraideológica cocida en el *show-bussiness*". A su criterio, esta juventud ha perdido sus "inmunidades naturales y todos los virus desintegradores la alcanzan". En resumen: jóvenes, droga, mestizaje, costumbres relajadas, SIDA, complot trotskista.

Para completar el cuadro, sólo falta ese graffitti visto en Orléans, cuna de Juana de Arco y del rumor: sobre el fondo amarillo, una señal caminera de peligro, ornada de una cabeza que evoca una caricatura de un negro; arriba, en grandes letras, la palabra SIDA, escrita con el signo $ en la S y un triángulo con el vértice hacia abajo en la A que, así decorada, se transforma en una estrella de David.

¿Cuándo se acabará poniéndole a los portadores del virus una estrella rosa como aquella amarilla que los nazis les colgaban a los judíos? En los Estados Unidos, los *grupos de riesgo* fueron etiquetados con el signo infamante de las 4 H: homosexuales, heroinómanos, haitianos y hemofílicos. En otras palabras y resumiendo: gays, drogadictos, negros. El SIDA mental es el temor del Otro, del Extranjero (que también es el Extraño) percibido como fuente de contaminación. El mestizaje en sentido propio o figurado pasa a ser un estigma. Los tipos como Pauwells sueñan un mundo sin mezclas en el que se confunda asepsia con vacuna.

Ya sea en los Estados Unidos de Reagan o en los delirios del periodismo amarillo, la ideología liberal transforma la enfermedad en pecado, la higiene en policía de las costumbres. ¿Contradictorio? Sólo para aquellos que creen todavía que liberalismo verdaderamente significa libertad. Una ideología cuyo credo se reduce al *cada uno para sí mismo*, sin otro horizonte que el de un economicismo amputado de toda dimensión social, debía desembocar en un narcisismo púdico y moralizador.

Así, la salud se convierte en un deber sagrado y el deporte en una obligación más que un placer. Durante los años '60 Jane Fonda militaba por la paz en Vietnam. Hoy celebra el culto al cuerpo perfecto. La búsqueda de la convivencia y la libertad sexual cedió paso a la obsesión del vientre liso y los pulmones limpios. Hoy importa estar en forma, pero más que para gozar de la vida para acumular capital de sobrevida.

En este punto en el que los cuerpos se encierran en una soledad crispada, donde cada uno forja su salud para sí mismo, la amenaza de este *virus desintegrador* tiene algo de intolerable. Sin embargo, los más amenazados no son los que más se preservan. En Africa, donde el SIDA puede causar una verdadera masacre, se está bien lejos del sexo sin riesgos y de la abstinencia sistemática.

En los países desarrollados, donde las condiciones sanitarias permiten circunscribir mejor el peligro, el SIDA funciona como un enemigo interior. Cristaliza los fantasmas y segrega una nueva virtud. Le devuelve un rostro al Diablo. Contribuye a interiorizar el estado de guerra permanente y larvada que caracteriza al Occidente moderno. El SIDA va camino de ser el peor de los terrores: asocia el sexo, la sangre, la muerte... Simboliza el regreso de la naturaleza salvaje a un mundo que se había creído, demasiado temprano, ya dominado por la mano del Hombre.

Aunque cambie de color, el miedo siempre tiene uno: pequeños enanitos verdes, peligro amarillo, odio a los rojos, desconfianza de los morenos, peste negra del terrorismo y rosa del SIDA. Frente al arco iris de los terrores, en una fortaleza vacía, los sitiados del SIDA mental maduran una reacción frígida. Su ideología, al fin y al cabo más insípida que nauseabunda, nos promete un mundo incoloro, inodoro y sin gusto. Arranque los posters, compañero. El Hermano Mayor vigila.



ATAJEN ESE PINGO

Por Miguel Briante

Si uno lo piensa bien, eso del SIDA es kafkiano —dijo el hombre, un contratista de cereales que todavía usa rastra, y alpargatas.

—A ver —dijo Arispe de atrás del mostrador. Desde ahí se va acostumbrando a cualquier cosa.

El hombre sacó un libro. Habría unas siete, ocho personas. El libro, se vio, era *Psicoanálisis y literatura*. Raro, pero ahora hay biblioteca en el pueblo. El hombre siguió:

—Mire cómo empieza *El Proceso*, novela de Kafka, un europeo. Empieza: *"Alguien debió haber calumniado a Josef K., pues sin que él hubiese hecho nada malo, una mañana llegaron a detenerlo"*. Al final lo matan.

—Y eso qué tiene que ver con el SIDA ése —dijo el peón de San Manuel, que hace solitarios cuando no hay truco.

—Ya entiendo —dijo Arispe—. Pongalé que a usted, un gaucho hecho, alguien le encaje por ahí que tiene SIDA.

—Me iba a llegar, acá todo se sabe. Porque yo, mujerengo sí. Pero de eso no —dijo, y quebró la muñeca, en el aire.

—No sólo es para manos muertas eso —dijo don Nicanor, que todos los lunes se leía los diarios, para esperar la semana—. Con mujer también se puede. Y del sol, dicen, viene más rapido. Se pega con cualquier cosa: de la saliva, del viento, de atrás, de todos lados. La boca, que es sagrada. Un médico me dijo que la única solución es ponerse un condón grande, que a uno lo tape todo, de la cabeza a los pies.

—Jodido para andar a caballo —dijo el peón de San Manuel—. Eso le debe haber dicho el doctor Callegari, que es más de a pie.

—Pero autoridad es, no diga —dijo el cerealista, y se quedó pensando. Miraba para allá lejos, para el río, y era como si estuviera solo, como cualquier persona, a veces, en esta tierra. Se podría ver a un varón o a una mujer cualquiera tocados por el mal.

—No es tan triste como usted debe estar pensando —le dijo Arispe, mientras le volvía a llenar la copa de ginebra—. Mireló de otro lado. Dicen que hace poco una mujer que iba a ser violada por dos hombres, en una de esas ciudades de Europa, se salvó porque les dijo que tenía ese síndrome, el SIDA. Una manera moderna de defensa personal.

Afuera, casi no había sol. Así que entró el de El Imparcial. Ese sabe y agarra todo al vuelo. Primero —siempre— dice que no, para engancharse.

—No —dijo—. Es una cuestión cultural —y miraba el libro que tenía el cerealista en la mano, miraba—. Por ejemplo —le dijo al contratista—, ¿usted fuma?

—Nada, yo, Nobleza Gaucha, y con método. Y eso del susto, de los sustos que me agarraba mamado.

—Ahí tiene —le dijo el de El Imparcial, cronista en jefe, todo—. Otro vicio, la bebida.

—Los chicos los tengo todos —dijo el cerealista, acomodándose la rastra abajo de la panza— Pero ¿usted dónde vio un gaucho marica?

—Ahí tiene —dijo el periodista local—, cuestión cultural. ¿Y los que bailan gauchesco, en la Capital?

—De eso le hablaba; si alguien dice, quién se lo saca —dijo el contratista.

—Pero si hace poco murió Rock Hudson y el valet del rey Carlos de Inglaterra.

—A mí qué me importa —siguió, dramático, el cerealista—. A mí me importa acá —pero lo explicó enseguida—. Una señora que anda hace un año conmigo me dijo el día en que estábamos por arrimarnos que le preguntó a la amiga si uno que era mujerengo no tendría SIDA. Fue justo cuando usted en el diario publicó la noticia de que con mujeres también.

—Ah —dijo el de El Imparcial—. De ahí. Como tema para una viñeta de costumbres le podría contar que un amigo mío se fue a Brasil y le pasó al revés. La chica, en el momento justo, le preguntó si no usaba condones y que si no, no. El debe haber pensado que lo estaba cargando. Le dijo, o no supo decirle, pero a veces con la vista alcanza: "Pero la brasilera sos vos". Ella no le dijo. "Vos sos argentino", ni nada. Le dijo que a él no lo conocía, nada más.

—Ahí está el miedo que meten —dijo el cerealista—. Fijate, de un argentino. Ese miedo, lo que quieren, es que entre hasta los huesos. Ahora que el mal existe, ¿no? Ahí dice Pablo que en Buenos Aires los cajetillas inventaron un método que ya de contarlo es aburrido, si se piensa de un tirón hasta el final. Un grupo se compromete a traer el certificado de que no tiene SIDA y se prometen cambiar nada más que dentro del grupo. Aburrido, siempre dando vuelta.

Entraba La Enana, que ahora es cronista de sociales. Ya había empezado a hablar el de El Imparcial.

—Son los conjurados, los que no se quieren perder algunas mañas, pero son los que van a salvar la raza...

—... humana —dijo La Enana—. A éste ya le dio otra vez con las frases. ¿Esa de quién es?

—Es mía, se me ocurrió ahora. Claro que el que puede se defiende, ¿no? Pero son costumbres. Allá en Marruecos, lo que está mal visto por los ancianos es fumar tabaco, ellos fuman kiff. Y hubo un tiempo, en Europa, en que a los que encontraban llevando tabaco les cortaban la mano.

—Pero eso —dijo Arispe— es por Toro Sentado. Un cacique de los indios americanos que murió en su ley. Dicen que dijo que los blancos los habían derrotado, pero que ellos ya le iban dejando algo peor: el tabaco, el cáncer, esa maldición. Claro que está eso de que uno se va acostumbrando —prendió un negro.

—¿Quién dice que dijo eso? —dijo uno, y las voces ya se confundían.

Arispe volvió a decir Toro Sentado. El que había preguntado era el de San Manuel, porque dijo:

—Hijo de puta. Mirá si se llega a parar.

—Bueno, ahí está. La misma cosa, siempre. De vez en cuando, zas, aparece una gran maldición. De eso se salvan los que tienen cueva, guita. Algunos juntan su propia sangre por si les aparece el SIDA.

—Vampiros de ellos mismos —dijo el cerealista—. Pero para vivir. Qué voluntad —dijo. El siempre pronuncia clarito la de.

—Ahí vino Pablo, que estuvo por Cuba —dijo el periodista—. Dice que allá tienen detectado un cero coma cero dos de SIDA, nada. Estuvieron preocupados por los combatientes que fueron a Angola. Pero los tienen todos por computadora: con quién hicieron el amor, cuándo, cómo.

—Pobre hombre —dijo—, ya se quedó sin intimidad. Claro que es por una buena causa. Piense en los otros.

—Según la idea política —dijo Arispe—. Y acá ya dije que de eso, ni de fútbol ni de cuadreras se habla. Por las peleas. A mí me gustan más otras soluciones. Póngale ésa del cuento de gauchos, con fogón y todo, a la noche. Todos hablan de sus experiencias sexuales y don Zenón está callado y al final le piden un comentario, aunque sea. "¿Comentario?, ¿comentario? —dice el viejo—. Seco el culo del perro."

Iba a haber más cuentos. Pero Arispe siempre sigue el hilo, en el boliche.

—Y a usted —le dijo al cerealista, que a veces anda solo— ¿que le dijo después esa mujer que pensaba que usted tenía el mal?

—Lo de siempre, Arispe. Que le dijo a la amiga: "Mirá, de algo hay que morir."

—Bueno —dijo el de San Manuel, que siempre quiere jugar a algo—. Por la vuelta —señaló el mostrador— ¿Sodoma o Gomorra?

—Más bien Gomorra —contestó el cerealista—. Por eso de sodomita.

Y se quedó pensando, pícaro como si memorizara, viera a las mujeres, una por una —para atrás—. Lo peor es que dicen que aparece seis años después.

—Pero está eso del sol, que si uno ya lo tiene, apura —dijo el de El Imparcial. Estaba por dar datos periodísticos. El cerealista lo paró con una mano. Con la otra, corrió el vaso de ginebra.

—Desde ahora, don Arispe, aunque le pida no me sirva. Mejor saber las cosas con métodos naturales. Desde ahora, no voy a tomar nada más que sol.